

Carlos AYLLÓN GUTIÉRREZ, *Iglesia rural y sociedad en la Edad Media (Alcaraz y Señorío de Villena)*, Madrid, Sílex Ediciones, 2015. 400 pp. ISBN: 978-84-7737-878-5

Los estudios sobre Historia de la Iglesia medieval han experimentado un importante avance desde hace ya varias décadas y basta leer los balances que recogen los frutos de esas investigaciones para comprobar la variedad de temas, autores y enfoques metodológicos que han enriquecido esta corriente historiográfica dentro y fuera de nuestro país. La orientación de estos trabajos ha seguido diversos caminos, siendo uno de los más prolíficos el que aborda la trayectoria de las diferentes diócesis hispanas: su historia y composición, sus bases económicas, la legislación sinodal que las ampara, las expresiones de religiosidad de los fieles o las iniciativas culturales y asistenciales puestas en marcha por sus responsables. Testimonio de ello son los once tomos aparecidos hasta la fecha en la colección *Historia de las diócesis españolas*, que viene publicando la Biblioteca de Autores Cristianos desde 2002, o las notables monografías que, referidas únicamente a la Edad Media, han ido apareciendo sobre el conjunto de sedes andaluzas y castellano-leonesas a cargo de José Sánchez Herrero, o sobre diócesis concretas como Córdoba, Cuenca, Jaén, Osma y Segovia, de la mano de Iluminado Sanz Sancho, Jorge Díaz Ibáñez, José Rodríguez Molina, Máximo Diago Hernando y Bonifacio Bartolomé Herrero, por citar sólo algunas del ámbito castellano.

Esa es la línea en la que se inscribe el presente libro, que repasa con detalle los elementos que componen la vida de una diócesis, con una particularidad nada desdeñable: no analiza una circunscripción sino tres, pues tres fueron los obispados que tuvieron jurisdicción sobre el territorio, “periférico respecto al núcleo de Castilla” (p.18), que el autor toma como punto de partida de su análisis. Se trata de una zona situada al sureste de la Meseta castellana, en la Mancha sudoriental, que hoy conforma la provincia de Albacete y la parte más meridional de la de Cuenca, y que en la Edad Media estuvo distribuida entre las tierras de realengo que integraban el extenso alfoz de Alcaraz y las del señorío de Villena, en manos desde fines del siglo XIII del linaje Manuel y, ya en la segunda mitad del XV, de los influyentes Pacheco. Desde el punto de vista eclesiástico estas regiones se integraron, como se ha dicho, en tres diócesis distintas: la poderosa archidiócesis de Toledo, su obispado sufragáneo de Cuenca y la sede exenta de Cartagena. Ello da idea de la complejidad de la tarea emprendida por Carlos Ayllón y, en consecuencia, de lo meritorio de los resultados obtenidos en su investigación.

Esos resultados se presentaron en la Universidad de Murcia en forma de tesis doctoral en el año 2008, una tesis que comenzó bajo la dirección del desaparecido Miguel Rodríguez Llopis y culminó con la de Juan Francisco Jiménez Alcázar. Este señala acertadamente en

el prólogo que este libro: “no es producto de una casualidad ni de una obra final, sino el resultado de un trabajo metódico y reflexivo con un carácter científico incuestionable”. Y así es, pues su autor ha tenido que lidiar un amplio y disperso conjunto de fuentes documentales, difíciles de articular por las realidades y ritmos tan distintos que viven las tres sedes objeto de estudio, amén de evidenciar una sólida base teórica y conceptual, imprescindible al abordar temas de Historia de la Iglesia. Aunque en estos últimos años ya han aparecido publicaciones referidas a aspectos parciales de la tesis, era necesario contar con el trabajo en su conjunto para poder iluminar el pasado eclesiástico de unas tierras que, tal vez por estas alejadas de los núcleos de poder en lo geográfico, no habían concitado hasta ahora un gran interés investigador en su dimensión religiosa.

El autor deja claros desde el principio los tres ejes temáticos que estructuran su trabajo: “el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica sobre el territorio, las relaciones económicas que afectan al sustento de la clerecía y los diferentes vínculos que los clérigos establecen en sus distintos niveles de jerarquía entre sí y con relación a la sociedad civil” (p. 23). En torno a esos tres argumentos dispone los cinco capítulos que conforman el libro, comenzando por el titulado “Conquista, repoblación e implantación eclesiástica en la Mancha oriental”, en el que se hace un prolijo repaso por el proceso de incorporación de estas tierras a los dominios castellanos, proceso que arrancó cuando a fines del siglo XII se toman Alarcón e Iniesta, continuó con la incorporación de Alcaraz y Riópar en 1213 y culminó en la década de los cuarenta en la que se conquistó el reino de Murcia y con él sus tierras más septentrionales (La Roda, Chinchilla, Hellín o Tobarra). Al compás de las conquistas, se fue restableciendo el culto cristiano, siendo las tres diócesis mencionadas las beneficiarias con la jurisdicción sobre esos lugares. Su presencia en la zona sacó a la luz los intereses no siempre coincidentes de sus responsables y las complejas relaciones con las Órdenes Militares, especialmente la de Santiago, asentada en el vecino Campo de Montiel, y con la que Toledo y Cuenca tuvieron que dirimir más de un litigio.

Los capítulos segundo, “Las instituciones eclesiásticas”, y cuarto, “Clérigos e iglesias en el sureste de la Meseta”, son complementarios y permiten reconstruir la geografía eclesiástica de este territorio y conocer al detalle la evolución de los distritos arcidianales y arciprestales, así como el entramado parroquial que vertebró la presencia eclesiástica en estas tierras. En concreto, la sede de Toledo estableció aquí el arcedianato de Alcaraz, la de Cuenca el de Alarcón y la de Cartagena los arciprestazgos de Jorquera, Chinchilla y Villena, más las vicarías de Albacete y Hellín. A esta estructura parroquial se le superpone otra clerical, que incorporaba en cada uno de estos marcos un variado número de beneficiados – curados, simples y prestameros-, capellanes y personal auxiliar, cuya distribución, tipologías y valor económico son analizados con profusión. Finalmente, el autor presta atención a otras instancias de importante implantación en la zona: las colegiatas de Belmonte y Villena, y los dos cabildos de clérigos que con sede en Alcaraz y Tresjuncos son un buen ejemplo de las hermandades clericales que durante la Edad Media agruparon a los beneficiados parroquiales de ciudades y áreas rurales.

Reconstruida la compleja jurisdicción eclesiástica que los obispados de Toledo, Cuenca y Cartagena asentaron en estas tierras meridionales, el autor se adentra en los otros dos ejes argumentales de su investigación. Así, en el tercer capítulo, “Economía eclesiástica y mundo rural”, repasa con detalle las bases económicas que permitían mantener todo ese entramado institucional y al clero que estaba a su cargo. Aquí, sin duda, el diezmo era el gran protagonista, del que se hace un extraordinario análisis, con la complejidad que supone valorar y comparar su diferente evolución en cada una de las diócesis implicadas. Por último, el capítulo quinto se ocupa de la “Iglesia, sociedad y relaciones de poder”, es decir, de la proyección de estas instituciones rurales fuera de su círculo más inmediato, y

de sus relaciones con otras instancias eclesiales (obispos, cabildos catedralicios, órdenes religiosas) y nobiliarias (linajes Manuel, Pacheco y Manrique), así como con las diferentes oligarquías locales. Este es el apartado en que mejor se concreta la dimensión social de este clero rural, pues el estudio de las solidaridades familiares y redes clientelares en que se integran sus miembros permite verlos desde una nueva y enriquecedora perspectiva.

En suma, estamos ante cuatrocientas páginas plagadas de información, análisis comparativos y atinadas reflexiones, que denotan el profundo conocimiento y el buen hacer de su autor. Entre todo ello, sólo he echado en falta algunos mapas que ayudaran a visualizar y entender mejor el entorno rural en que se centra el trabajo y su compleja compartimentación entre distintos poderes civiles y diocesanos. Es cierto que hay uno, pero se incluye cuando el texto está ya muy avanzado (p. 217) y creo que es del todo insuficiente. El lector los hubiera necesitado desde el principio, a fin de conectar mejor con el caudal de contenidos que se le van a ir describiendo. Por el contrario, sí resultan útiles los dieciséis cuadros que se intercalan en algunos capítulos para ilustrar, sobre todo, la distribución beneficial y el reparto del diezmo en las circunscripciones de cada uno de los obispados.

Con independencia de ello, lo de verdad relevante es que estamos ante un sólido estudio, que parte de una base regional, pero que, al centrarse en una institución “universal” como es la Iglesia, sobrepasa ampliamente su entorno y conecta con las líneas maestras de la actuación eclesiástica en el conjunto de territorios hispanos. No queda, pues, sino felicitarse porque, aunque con siete años de retraso respecto a la fecha en que leyó su tesis, el libro de Carlos Ayllón ha visto la luz y porque, a buen seguro, va a ser un referente, tanto entre las publicaciones referidas al área albacetense, como entre las que analizan la evolución de la Iglesia y el clero medievales, especialmente, en el medio rural.

María José Lop Otín
Universidad de Castilla-La Mancha